

dos; en *Las nubes y los años* le reparamos algunos demasiado prosaicos. En *Los sueños terrestres*, González-Urizar ha llegado a la máxima expresión de la poesía íntima y a un alto grado de espiritualidad; tendencia que se observa en casi todos los poetas contemporáneos.

En 1961, el corazón de González-Urizar “brincaba como un gato / por entre nubes”, en las cuales envolvía las cosas de la naturaleza y de la vida; ahora —como dice Hernán del Solar, prologuista de *Sueños terrestres*—, el autor “organiza un vocabulario para cazar sus sueños de cómo vive el mundo su realidad”.

La poesía de *Sueños terrestres* no es intrincada, fluye clara, diáfana y simple de aquella misteriosa ensoñación con la cual idealiza la vida humana: “Crece un viento de ausencia feroz entre mi pecho, / la tierra me reclama los besos y los huesos, / el corazón fulgura su gema pasionaria”. (Pág. 30).

Es indudable que existe en la poemática de González-Urizar una lejana influencia nerudiana, lo cual no significa que el autor de *Sueños terrestres* carezca de una personalidad propia inconfundible. En las letras, cual más, cual menos, todos reproducimos en formas nuevas y originales, cosas ya conocidas. Dios, el Artífice Supremo, es el único que no ha imitado a nadie.

A pesar de que el estro de nuestro poeta aparece enriquecido en este nuevo libro, evoco, añoro aquellos poemas elegíacos, dedicados a su madre, a la cual también hace referencia en *Sueños terrestres*, en el poema “Llueve”, que eran lo mejor de *Las nubes y los años* y serán siempre los más bellos cantos de Fernando González-Urizar.

<https://doi.org/10.29393/At410-137CHFA10137>

La casa del hombre, de EDMUNDO HERRERA. Soc. Escritores de Chile. 1964

En la promoción de poetas de la segunda mitad de este siglo xx, Edmundo Herrera ha conquistado un sitio espectacular, por su originalidad y casi candorosa sencillez.

Doy testimonio de la vocación poética de Herrera; a los quince años versificaba con prontitud y novedad, y, sin jactarme de profeta o visionario, más de alguna vez le auguré los triunfos que ahora cosecha.

En *La casa del hombre*, poetiza, con gracia y emoción, las cosas y los objetos más triviales y comunes. Una puerta, el brasero, el pan, las naranjas, las palomas, los pájaros, el mantel, las llaves, la sal; en fin, todas aquellas cosas que están más al alcance del hombre, en casa de una familia de modestos recursos, inspiran a Herrera, poemas muy simples, saturados de recuerdos en los cuales hay ausencia de esa congénita musicalidad del verso, sin que esto lo desvalorice.

En el “Brasero”, uno de los más logrados poemas de este libro, el autor traza un cuadro intenso, fuerte, de una noche invernal en la intimidad de los hogares pobres: “Nuestra casa / es un pequeño almacén / de intimidades en invierno. Junto al brasero / nos contamos las cosas / que pasan en verano. Algunas viejas leyendas, / episodios; recordamos los parientes olvidados, / las

risueñas correrías / por el pueblo. Mi abuela / saca historias muy remotas de su antiguo delantal. / Vemos tejer calcetas a mi madre, / traer papas hermosas que ponemos / al rescoldo. / El invierno está aquí, / galopa, quiebra los pájaros errantes. / Adentro de la casa / se ven azules las lámparas. / Nos llena alma / el olor de las fritangas". El poeta respeta la puntuación. Los años le darán mayor armonía y seguridad al verso. Es lamentable que el autor ignorara la existencia de "La Casa del Hombre", del poeta religioso moderno José Miguel Ibáñez Langlois, porque, de conocerla, Herrera habría buscado otro título a su libro.

Cercana inmensidad, de HERNÁN MONTEALEGRE KLENNER. Poemas.
Ed. Instituto de Cultura Hispánica de Valparaíso

El estro religioso no ha inflamado con mucha frecuencia a los poetas chilenos. El Pbro. Luis Felipe Contardo, Carlos Mondaca, el Pbro. Francisco Donoso González, Jorge Hübner Bezanilla, el Pbro. Bernardo Cruz Adler, Carlos René Correa, Hernán Montealegre Klenner y los sacerdotes José Miguel Ibáñez Langlois y Joaquín Alliende Luco son tal vez los únicos que han cantado aquí al Divino Amor y a la Virgen María.

A algunos de estos autores los han llamado místicos; pero en nuestro país no ha habido jamás un San Juan de la Cruz ni una Santa Teresa de Jesús que son los únicos místicos auténticos de toda Hispanoamérica. Ambos líricos del Siglo de Oro, buscaron a Dios y vivieron en íntima y ferviente unión con El; en sus poemas expresaron esas inefables comunicaciones en aquel símbolo de la noche oscura, el primero, y en la imagen de la mariposa, la segunda, para tomar sólo dos ejemplos al azar.

Hernán Montealegre, en *Cercana inmensidad*, ha dado un acento moderno, pleno de luminosidad, y, por cierto, carente de artificio retórico, a la poesía religiosa nacional, de inspiración cristiana católica. En estos versos no asoman ni las narraciones bíblicas, ni las doctas lucubraciones teológicas y filosóficas, sólo se advierten, muy claramente, la serena limpidez del alma de un hombre que, sin abandonar la tierra, busca el cielo y que, hasta cuando canta al amor humano, parece ennoblecerlo con la suave transparencia de lo divino: "Yo podría decirte cuántas estrellas tiene la noche / pero no acabaría nunca de contar las de tus ojos. / Son ellas las que hago brillar en otros mundos distantes / que nacen de súbito a una luz nunca vista. / Perdóname que tenga que usar imágenes / cuando quisiera entregarte la realidad sin velos. / Pero la imagen, mi amor, es la caricia del respeto, / y así las cosas quedan limpias y tranquilas". (Pág. 25).

Reflejo del espíritu religioso tan sincero y emotivo de Montealegre, son estos dos poemas, a la Virgen María y a su madre, seres en los cuales, el hombre de corazón puro, sublima y sintetiza el amor divino y humano: "Cántaro de agua universal, / océano donde bogan sólo olas / sin viento y sin navíos que amenacen su espuma. / Ave / invisible, cuyo canto / estremece la música de los